

de matar al rey; él les respondió fría y sin cambiar de color, que en todas partes había buenos y malos.» Durmió toda la noche tranquilamente y á las siete de la mañana La Guesle le llevó á casa de Gondi, en donde se alojaba el monarca. Enrique III, que estaba todavía en su «silla,» «completamente desaliñado,» mandó que fuese introducido inmediatamente el mensajero que traía noticias de París. Clement se prosternó y le suplicó que hiciera salir de la estancia á todos los presentes, pues había de hacerle una confidencia que sólo él debía oír. El rey hizo señas al escudero mayor, Bellegarde, y á La Guesle de que se retiraran y se inclinó para escuchar mejor; entonces el fraile, sacando de su manga el cuchillo, se lo clavó al monarca en el bajo vientre, debajo del ombligo. Enrique III lanzó un grito, y arrancándose de la herida el arma, hirió con ella á Clement encima de las cejas; La Guesle se precipitó, con la espada desnuda, sobre el asesino, el cual esperaba de pie y con los brazos en cruz, y los Ordinarios arrojáronse sobre él y le dieron muerte (1.º de agosto de 1589).

En el primer momento, los cirujanos no estimaron mortal la herida y prometieron al rey que á los diez días montaría á caballo; pero al anocheecer acometieronle violentos dolores en las entrañas, entremezclados con sudores fríos y síncope. Cuando llegó el rey de Navarra, que había salido apresuradamente de Meudón al tener noticia del hecho, Enrique III, cuyo estado era desesperado, le abrazó, le bendijo y le reconoció como

su sucesor, aunque exhortándole á que se hiciera católico. Después, sólo pensó en prepararse para la muerte: ya por la mañana había mandado levantar en su cámara un altar; oyó misa, humillándose ante Dios y ofreciendo gustoso su vida si no era necesaria su conservación para el pueblo; se confesó y declaró que quería vivir y morir en la religión católica, apostólica y romana, y prometió en términos vagos complacer al Papa en lo que de él deseaba. Redoblaron luego sus dolores y entonces quiso confesarse y pidió el precioso cuerpo de Jesucristo. Rezó con fervor, diciendo: «Dios mío, tened piedad de mí y perdonadme mis pecados...» «*In manus tuas, Domine... Misere mei, Deus;*» perdonó á sus enemigos y después de haber recibido una segunda absolución, perdió el habla y entregó el alma á Dios «haciendo dos veces el signo de la cruz.» Cuantos estaban en la casa prorrumpieron en gritos y gemidos; los servidores lloraban á un amo bueno y generoso; los cortesanos deploraban el fin de las liberalidades, y los favoritos comentaban el luto de su ambición. Todos se sentían profundamente conmovidos por lo repentino y terrible de aquel final trágico; y en aquellas crisis de tristeza y de lágrimas, Bellegarde, uno de los favoritos, según refiere d'Aubigné, pidió «perdón de rodillas por las cosas cometidas con el rey.» D'Eperón puso término brusca y á aquellas confesiones, diciendo á Bellegarde: «Callaos; habláis como una mujer.» A los mismos pies del muerto alzabase la vergüenza de su vida.



Moneda de Enrique III

LIBRO CUARTO

ENRIQUE IV

CAPÍTULO PRIMERO

EL NUEVO REY (1)

I. Advenimiento del rey protestante. — II. Los combates de Arques. — III. Tours, residencia del gobierno. — IV. La victoria de Ivry.

I.—Advenimiento del rey protestante

Enrique III, moribundo, habiase dirigido á los señores y les había rogado como amigo y ordenado como soberano que obedecieran al heredero legítimo. En la emoción de aquella trágica jornada, los cortesanos no pensaron en regatear las protestas de fidelidad, pero al día siguiente, Enrique de Borbón observó en los católicos un cambio radical: «En lugar de las aclamaciones y del «¡Viva el rey!» acostumbrado, vió en la misma cámara el cuerpo muerto de su predecesor, á dos mínimos á los pies del cadáver con cirios y haciendo sus liturgias, á Clermont d'Antragues sosteniendo la barba; pero todo lo demás, entre los aullidos, hundiéndose los sombreros ó tirándolos al suelo, cerrando los puños, conspirando, dándose la mano y haciendo votos y promesas, de las que se oía la conclusión: antes morir de mil muertes.» La mayoría de los magnates y de los señores, que consideraban con horror la idea de un rey

(1) FUENTES: Berger de Xivrey, *Lettres missives de Henri IV*, III. Isambert, *Recueil des anciennes lois françaises*, XV. *Mémoires du duc d'Angoulême*, Mich. y Pouj., XI. *Journal militaire de Henri IV depuis son départ de la Navarre*, publicado por el conde de Valori, 1821. *Discours de Sancy sur l'occurrence de ses affaires*, «Mémoires d'Etat de Villeroi,» III. *Discours de la prise d'armes*, «Mémoires des Nevers,» 1665. *Mémoires de la Ligue*, IV. L'Estoile, V. Archives curieuses, XIII. D'Aubigné, *Hist. universelle*, VIII. De Thou, XI. Palma Cayet, *Chronologie novenaire*, 1589-1598. P. Matthieu, *Histoire de Henri III, roy de France et de Navarre*, 1631. Escipión Dupleix, *Histoire générale de France...*, IV, 1663. Legrain, *Décade contenant la vie et gestes de Henri le Grand*, 1614. Davila, *Historia delle guerre civili di Francia*, París, 1644. II. Luis Cabrera de Córdoba, *Felipe segundo*, III, 1877.

OBRAS DE CONSULTA: A. Poirson, *Histoire du règne de Henri IV*, 1865. I. Weill, *Les théories sur le pouvoir royal*, 1891. Vizconde de Estaintot, *La Ligue Normande*. Lair, *Histoire du Parlement de Normandie depuis sa translation à Caen, juin 1589, jusqu'à son retour à Rouen en avril 1594*, Caen, 1861. Conde J. Delaborde, *François de Chastillon, comte de Coligny*, 1891. Fornerón, *Histoire de Philippe II*, 1882. IV. L'Épinois, *La Ligue et les papes*, 1886. I. Raulich, *La contesa fra Sisto V e Venezia per Enrico di Francia*, Venecia, 1892. Desjardins, *Les Parlements du roy, 1589-1596*, 1879. *Histoire des guerres religieuses en Auvergne*, 1846. Roucaute, *Le pays de Gevaudan au temps de la Ligue*, 1585-1596, 1900. Segesser, Ludwig, *Pfyffer und seine Zeit*, 1882, III, 2.ª parte, 1589-1594.

protestante, deliberaron tumultuosamente sobre la conducta que debían seguir; algunos de los más violentos hablaban de excluir á Enrique de Navarra, pero prevaleció una opinión más moderada. D'O, delegado por la asamblea, invitó al nuevo rey á convertirse inmediatamente ó á prometer, por lo menos, hacerse instruir «en pocos días;» el rey, «palideciendo de cólera ó de miedo,» se lamentó de verse de tal modo violentado y se negó á una abjuración que le habría humillado sin vencer á nadie de su sinceridad.

Las noticias satisfactorias que llegaban al campamento pusieron término á esas discusiones: el mariscal d'Aumont, Humieres y Givry fueron portadores de la adhesión de la nobleza de la Champaña, de la Picardía y de la Isla de Francia; Sancy conquistó á los suizos que prometieron servir dos meses sin reclamar paga; y el duque de Montpensier, Enrique de Borbón, aunque solicitado por los rebeldes, se unió al jefe de su casa. Sin embargo, la mayor parte de los magnates seguían mostrándose intratables y hasta los que no discutían el derecho dinástico ponían á su asentimiento una reserva y una condición tácitas. Enrique IV, comprendiendo la necesidad de contentar á sus partidarios y de desarmar á sus enemigos, firmó el compromiso conocido con el nombre de Declaración del 4 de agosto, en la que prometía mantener y conservar en su reino la religión católica, apostólica y romana en su integridad «sin innovar ni cambiar en ella cosa alguna, ni en la policía y ejercicio de la misma, ni en las personas y bienes eclesiásticos.» Además, afirmaba que era su más vivo deseo hacerse instruir «por un bueno, legítimo y libre concilio general ó nacional» que mandaría reunir dentro de seis meses ó antes, á ser posible, «para seguir y observar lo que (en él) será decidido y acordado.» Los católicos conservaban sus gobiernos, cargos y honores, y los protestantes las ciudades que estaban en su poder; pero todas las plazas conquistadas ó reducidas por fuerza ó de otro modo, debían ser confiadas al gobierno de nuestros buenos súbditos católicos «y no á otros.»

«Por el juramento y la promesa que acababa de hacer, y que dejamos escrita,» los príncipes de la sangre, los altos funcionarios de la corona, hidalgos y otros, reconocieron como rey y príncipe natural, según la ley fundamental de este reino, á Enrique IV, rey de Francia y de Navarra. La declaración estaba firmada por dos príncipes de la sangre, Conti y Montpensier; por tres duques y pares, Longueville, Luxembourg-Piney y Rohán-Montbazón; por dos mariscales de Francia, Birón y D'Aumont; por Dinteville, lugarteniente general

del rey en Champaña; por Rambouillet, Chateauvieux y Manou, capitanes de los guardias; por Du Plessis-Richelieu, gran preboste de Francia, y por muchísimos otros señores é hidalgos.

De modo que la Nobleza había puesto condiciones á su obediencia firmando con su soberano una especie de contrato. Y no fué sólo en el campo de Saint-Cloud en donde se interpretó de esta manera el acta de 4 de agosto, ya que la ciudad de Chalóns escribió al rey que «puesto que había prometido» no innovar nada en materia de religión, le juraba fidelidad. Muchos le aceptaban sólo provisionalmente como soberano; así Tomás de Verdún, abogado general del parlamento de Caén, declaró que reconocía como rey al presunto heredero, pero que si dentro del plazo de seis meses no se había convertido, él, Tomás, no sería ya su servidor.» Hasta en el partido realista antes que el derecho monárquico estaba el religioso.

De aquí que hubiera muchas defecciones: Montholón entregó los sellos, que no quería conservar procediendo de un rey hugonote; Vitry, gobernador de Dourdan, se pasó al bando de Mayenne, pero tuvo la lealtad, antes de cambiar de partido, de restituir á Enrique IV la plaza que gobernaba en nombre de su predecesor. Estos eran los hombres de convicciones arraigadas. El duque de Nevers sufría no sabiendo qué partido abrazar entre el rey y Dios. Los hábiles (como el canciller de Cheverny) se mantuvieron en una neutralidad cómoda hasta el día en que vislumbraron claramente en favor de quién, entre el rey y los ligeros, se inclinaba la fortuna; los ambiciosos, como D'Épernon, se encaminaron á sus gobiernos con la esperanza secreta de formar de ellos principados merced al desorden general; y no demostraron mayor lealtad los protestantes, uno de los cuales, La Tremoille, el principal señor del Oeste, se llevó á los reformados potevinos y gascones para no obedecer á un perjurio que había prometido mantener la idolatría papista, y hasta se habló «en un coloquio celebrado en Saint-Jehan» (St.-Jehan-d'Angely) de nombrar un protector de las Iglesias reformadas. Preciso es decir también que muchos hidalgos habían agotado por completo sus recursos; obligados á hacer la guerra á sus costas, tenían prisa por regresar á sus hogares para poner orden en sus asuntos y vigilar sus cosechas. De suerte que de aquel ejército de 40.000 hombres apenas le quedaron á Enrique IV 22.000.

Con estos escasos medios tenía que someter un reino sublevado, cuyas grandes ciudades eran, en su casi totalidad, adictas á la Liga: «Tours, Burdeos, Chalóns, Langres, Compiègne y Clermont eran las únicas que pronunciaban el nombre del rey y seguían su partido.» Los parlamentos fulminaban acerbos censuras contra lo herético y sus fautores; el de Tolosa acordó celebrar todos los años, el día 1.º de agosto, regocijos públicos en conmemoración de la liberación de París, como denominaban el asesinato de Enrique III; únicamente el de Burdeos guardó una especie de neutralidad, pues mandó hacer plegarias para el reposo del alma del rey difunto y al mismo tiempo ordenó el mantenimiento del Edicto de Unión y la observancia de la tregua pactada por Enrique III con los protestantes, si bien no quiso hacer mención, en aquel acuerdo contradictorio, del nuevo rey.

Al tener noticia de la muerte de Enrique III, las duquesas de Nemours y de Montpensier habían recorrido París y hecho público en las encrucijadas y en las plazas el acto heroico de Jacobo Clement; la madre de los Guisa subió los altos escalones del altar de la iglesia de los Franciscanos para arengar á la multitud y anunciarle la muerte del tirano; y el pueblo puso mesas en las calles y bebió, cantó y bailó, «confundidos el más pequeño con el más grande, con voces de alegría lanzadas al cielo, con las que demostraban su injusto regocijo.» En los baluartes nuevamente contruidos, ligeros de ambos sexos ostentaron ante los ojos de los soldados del ejército real las bandas verdes, símbolo de alegría, con que se adornaban para hacer burla del duelo de sus enemigos. Los realistas parisenses estaban abatidos por la muerte de Enrique III y perplejos por el advenimiento de aquel príncipe hugonote á quien se conocía solamente por los anatemas de la Iglesia y por los edictos de la autoridad real. Mayenne, reconocido por la Liga como jefe, vislumbró la corona al término de sus esfuerzos; pero no era aún tiempo de apoderarse de ella, pues esta usurpación le habría enajenado las simpatías de los soberanos católicos, Felipe II y el duque de Lorena, yerno de Enrique II, y del duque de Saboya, nieto por parte de madre de Francisco I, todos los cuales, si se derogaba la ley sálica, podían pretender para sí ó para sus hijos el trono de Francia. Por esta razón hizo proclamar con el nombre de Carlos X al cardenal de Borbón, viejo, impotente y prisionero de Enrique IV.

II.—Los combates de Arques

Enrique IV contaba treinta y cinco años; de estatura mediana, pero proporcionada, flaco y nervioso, hallábase en el vigor de la edad y en la plenitud de la fuerza. Por mandato de su abuelo, Enrique de Albret, rey de Navarra, que lo había tenido á su lado cuando era muy pequeño, no había sido «mimado delicadamente:» «á menudo comió pan común» y se le vió «á usanza del país entre los demás niños de la aldea, á veces descalzo y con la cabeza descubierta, así en invierno como en verano.» De la rudeza de su educación bearnesa así como de las pruebas por que hubo de pasar durante su vida, salió su cuerpo templado como el acero, resistente y flexible; en la caza, cuando había cansado los caballos y los perros, corría á pie tras el animal perseguido hasta que lo rendía. Su alma era vigorosa y sana. El día de la entrevista de Plessis-les-Tours, los cortesanos le habían visto con sorpresa aparecer vestido con un jubón raído por los hombros y los costados á causa del roce de la coraza; su sencillez contrastaba con el lujo de aquéllos. Su larga desgracia le había mantenido fuera de la corrompida atmósfera de la corte; ni por exceso de cultura, ni por cansancio de los sentidos ni por depravación del gusto ó de la imaginación, sentíase inclinado á las intemperancias de la impotencia ó de la saciedad, y su sensualismo, realizado por cierto dejo de sentimiento, era gallardo y franco. Después del reinado de los favoritos, la reaparición de las queridas señala un progreso en la moralidad pública. Las pasiones del nuevo rey eran confesables y su juventud las excusaba y las exaltaba su gloria; héroe

amable y galante, después de la batalla corría á depositar los laureles de la victoria á los pies de la favorita del día. Su corazón no estaba nunca desocupado y siempre había en él más de un sitio; tenía maneras de caballero con la ternura frívola del soldadote.

Con estas cualidades y estos defectos era muy seductor. En los apuros de los comienzos del reinado, para conservar ó adquirir partidarios había de contar principalmente con sus dotes personales: avaro de favores (por gusto y por necesidad) y poco liberal, prodigaba las promesas y sobre todo los cumplidos; invocaba la lealtad en términos que hacían imposible la negativa y agradable el deber; encontraba las palabras que van directamente al corazón; estimulaba el celo y provocaba los sacrificios, no como rey que manda, sino como amigo que invita; conocía el lado generoso de la naturaleza humana y ofrecía el lado generoso de las estocadas que había que dar y recibir. Pocos hombres se resistieron á esa cariñosa amabilidad.

Bien es verdad que el encanto era engañoso: tan inconstante en sus amistades como en sus amores, olvidaba lo mismo los servicios que las injurias, y si no era rencoroso, tampoco era agradecido; pero cuando suplicaba á su servidor ó á su querida, estaba tan impregnado de la simpatía presente, tan deseoso de comunicar su alma á otra alma, que parecía darse y obligarse por entero. Enrique III, con su gracia un tanto desdeñosa, la nobleza de su porte y de sus ademanes y su aire de grandeza, imponía más que aquel pretendiente que se hacía camarada para agradar y cautivar; pero Enrique IV fué un rey á la francesa, un rey á caballo, soldado y caudillo, que para atraerse á la nobleza había de pensar siempre en la confraternidad militar que le acercaba á ella y no en su dignidad que de ella le distinguía. Para gloria suya y de la Francia, acordóse en toda ocasión de que era hidalgo, y gloriándose de la profesión de las armas como de su título más hermoso, corrió alegremente á la conquista de su reino.

Con las fuerzas de que disponía, no podía pensar en atacar París. Muchos le aconsejaban que se retirara más allá del Loira á fin de reorganizar allí su ejército; pero Guítry le dijo: «¿Quién os creará rey de Francia, al ver vuestras ordenanzas fechadas en Limoges?» El 8 de agosto levantó el campo y se dirigió á Normandía, en donde estaba más cerca de los socorros de Inglaterra y en donde la fidelidad de Aymar de Chaste, gobernador de Dieppe, le aseguraba un refugio, una plaza de armas y un puerto. Allí le siguió Mayenne, anunciando que arrojaría al Bearnés al mar ó lo traería encadenado. En París, la confianza era tan grande, que los curiosos alquilaban ventanas en la calle Saint-Antoine para ver pasar á Mayenne triunfante y á Enrique IV prisionero; y estas esperanzas parecían fundadas, pues Mayenne, después de juntarse con Brissac, disponía de un magnífico ejército de veinticinco á treinta mil hombres, al paso que su adversario, que acababa de enviar al duque de Longueville á Picardía y al mariscal D'Aumont á Champaña, no contaba más que con doce mil soldados. Pero Enrique IV escogió hábilmente el terreno: en la excursión que hiciera á Dieppe, había observado la favorable situación de Arques, delante de aquella ciudad, en un estrecho valle en donde el Aulne y el Arques corren unidos con

el Bethune; así es que ocupó fuertemente el castillo y la aldea de Arques y además un hospital de leprosos á fin de cerrar todas las avenidas.

Mayenne avanzó lentamente por Gournay y Neufchatel y fué á alojarse, entre Arques y Dieppe, en la orilla derecha del Bethune, comenzando entonces aquella serie de escaramuzas, ataques, marchas y contramarchas conocidas, en conjunto, con el nombre de batalla de Arques.

Los asaltantes, después de explorar el arrabal dieppense del Pollet y las inmediaciones del campamento de Arques, resolvieron emprender un ataque más serio y en la noche del 20 al 21 de septiembre pasaron el valle del Aulne á favor de la niebla y se dirigieron hacia el hospital de leprosos. Cuando los lansquenets, que iban á la vanguardia, llegaron á las trincheras, bajaron sus banderas y sus picas gritando «¡Viva el rey!» y los suizos que guardaban la posición, creyendo que eran, tráfugas, les ayudaron á atravesar el foso; pero entonces aquellos alemanes se arrojaron sobre la guarnición, matando á una parte de ella y poniendo al resto en fuga. Hubo un momento de confusión y de desorden y el rey, que acudió en auxilio de los suyos, encontró casi solo y en un tris estuvo que no cayera prisionero, pues un lansquenete avanzó hacia él y le amenazó con su jabalina si no se rendía. Si Mayenne hubiese apoyado aquel golpe de audacia, habría ganado la partida; pero perdió tiempo, y cuando se decidió á poner en movimiento sus tropas habíase disipado la niebla y los cuatro cañones del castillo de Arques abrieron «cuatro hermosas calles en los escuadrones y en los batallones, que se pararon en seco.»

En el mismo momento, llegaba con cuatrocientos arcabuceros protestantes Chatillon, procedente del arrabal del Pollet: «Dios te envía, Coligny,» exclamó el rey abrazándole. Una columna de ataque marchó sobre el hospital y lo recuperó, y los suizos, en represalias de la traición, dieron muerte á todos los lansquenets que cayeron en sus manos.

Mayenne se retiró precipitadamente, dió un rodeo de siete leguas y volvió á Dieppe por la orilla izquierda del Bethune (26 de septiembre); pero esta tentativa no fué más afortunada que la anterior. Los dos ejércitos permanecieron diez días frente á frente y no hubo entre ellos más que escaramuzas en las que los realistas llevaron casi siempre la mejor parte. Las tropas de Enrique IV se habían reforzado con los socorros de Escocia y de Inglaterra: Isabel había comprendido la necesidad de apoyar contra la Liga á ese soberano protestante, y contrariando sus costumbres de parcimonia y de lentitud, apresuróse á enviar 200.000 libras de plata, 70.000 libras de pólvora, 3.000 balas de cañón y víveres. El duque de Longueville y el mariscal d'Aumont, con las tropas de Picardía y de Champaña, habíanse juntado y acudían en socorro de Enrique IV; y entonces Mayenne, temiendo ser cogido entre los dos ejércitos realistas, emprendió en 6 de octubre la retirada, después de haber visto fundirse entre sus manos el gran ejército de la Liga.

Enrique IV concibió el proyecto de apoderarse de París por un acto de fuerza, y ocultando su marcha á Mayenne, apareció de improviso en las aldeas de Montrouge, de Issy y de Vaugirard. El día de Todos los

Santos (1.º de noviembre) atacó muy de madrugada los arrabales de la orilla izquierda y en menos de una hora había tomado las trincheras. Los soldados de Chatillon dieron el asalto al grito de «San Bartolomé! ¡San Bartolomé!» y los realistas se esparcieron hasta las murallas de la capital y ocuparon, fuera del recinto, la abadía de Saint-Germain-des-Prés, pero no pudieron penetrar en la ciudad. La Noue, que se proponía pasar á caballo el Sena, por debajo de la torre de Nesle, para dar vuelta á la muralla, estuvo á punto de ahogarse; y Harambure, uno de los más audaces compañeros de Enrique IV, no pudo derribar la puerta de Saint-Germain. Mayenne se acercaba á marchas forzadas para socorrer la plaza; y el rey, aunque no podía tener la pretensión de «forzar la ciudad y un ejército á la vez,» para afirmar su seguridad y su confianza, dispuso sus tropas en orden de batalla y esperó en vano, el día 3 de noviembre, desde las ocho á las cuatro, el ataque de los enemigos. Después de haber dejado á salvo el honor, retiróse y fué á reconquistar Etampes que habían ocupado los ligueros.

III.—Tours, residencia del gobierno

Terminadas las grandes operaciones del año Enrique IV dividió su ejército enviando á Longueville, á Picardía y á Givry al Brie, y quedándose él con el resto de las tropas; pero el tiempo era demasiado precioso para que él permaneciera inactivo. Tours, su capital provisional, estaba rodeada de plazas enemigas, Vendome, Montoire, Chateau-du-Loir, Le Mans, Bourges y Orleans, y dominada por Montrichard, de la que acababa de apoderarse un ligüero, el señor de Marolles. La misma población de Tours, trabajada por los agentes de la Liga, no estaba segura: un tal Le Lievre, recaudador en Ingrade, había proyectado dar muerte á los miembros de los Tribunales supremos y del Consejo del rey y entregar la ciudad á los buenos católicos; pero el complot fué descubierto y los culpables ejecutados. Este castigo, sin embargo, no puso término á la agitación, de modo que se hacía necesaria la presencia de Enrique IV para limpiar los alrededores de Tours y afirmar su autoridad. A su paso estaba Vendome, ciudad de su dominio, que, por instigaciones de su gobernador Maillé Benehard y de un franciscano llamado Roberto Jessé, se había declarado en favor de la Liga, aun antes de la muerte de Enrique III; los soldados la tomaron por asalto y la saquearon, «salvo las iglesias, que Su Majestad hizo cuidadosamente conservar,» y el rey, que había perdonado la vida á los ciudadanos, mandó ejecutar á Maillé Benehard y á Jessé. El ejemplo fué saludable; cuatro ó cinco pequeñas ciudades abrieron sus puertas al monarca, quien escribió al señor de Souvré que si los de Montrichard no se rendían en la fecha convenida, «los haría ahorcar á todos,» intimación que determinó la inmediata capitulación de aquella plaza. Enrique III hizo su entrada en Tours el día 21 de noviembre, pero para salir de allí inmediatamente y dirigirse á Le Mans, ciudad á la que el día 27 intimó la rendición. El gobernador ligüero del Maine, Bois-Dauphin, que tenía á sus órdenes cien hidalgos y veinte compañías de á pie, contestó como si tuviera la intención de hacerse sepultar bajo las murallas de la

plaza; pero á los primeros cañonazos pidió capitular (2 de diciembre). El rey, para evitar á los habitantes el saqueo, prohibió que sus soldados penetraran en la plaza; y pocos días después entraba en Laval, aclamado por el pueblo y hasta por el clero católico. Hacía un mes y medio que había partido de Dieppe y había llevado desde la Mancha hasta las orillas del Sarthe un ejército con gran impedimenta de artillería y bagajes, tomado varias ciudades, hecho levantar el bloqueo de Tours y limpiado de enemigos el Anjou y el Maine, y ya acosaba, por el lado de Alenzón, al mariscal de Birón y se prometía la pacificación de la Normandía y de la Bretaña. «Y si la fortuna quiere sonreirnos, escribía al señor de Vivans, os aseguro que ni el mal tiempo ni los malos caminos me impedirán seguirla dondequiera que se presente, sin envidiar al duque de Mayenne que descansa en París, en donde cuento también reposar á mi vez.»

En el entretanto, instalaba su gobierno en Tours, en donde los magistrados realistas que se habían escapado de París, presididos por el primer presidente Aquiles de Harlay, administraban justicia en su nombre. La misma duplicación se había efectuado en todas partes: había un parlamento ligüero en Ruán y uno realista en Caén; un parlamento ligüero en Tolosa y uno realista en Carcasona; un parlamento ligüero en Dijón y uno realista primero en Flavigny y luego en Semur; un parlamento ligüero en Aix y uno realista que residió sucesivamente en Pertuis, Sisteron y Manosque. Enrique IV se había hecho reconocer solemnemente por su parlamento de París que celebraba sus sesiones en Tours, y asistió á la sesión en que el Tribunal registró su advenimiento.

En aquella ciudad recibió una adhesión preciosa, la de una potencia católica. El senado de Venecia había decidido mantener cerca del nuevo rey al embajador á quien había acreditado cerca de Enrique III, Juan Mocenigo, el cual, recibido en audiencia solemne en 21 de noviembre, felicitó á Enrique IV por su advenimiento y recordó los tratados que unían la corona de Francia y la República. Este suceso causó sensación y hasta escándalo. El senado de Venecia tenía fama por su previsión y su prudencia, y la prisa que se dió en entrar en relaciones con el rey hugonote demostraba bastante la confianza que le inspiraban su buen derecho y su fortuna. La corte de Madrid dirigió enérgicas censuras á la Señoría y el nuncio Matteuzzi salió de Venecia; pero Sixto V, que admiraba á los venecianos y confiaba muy poco en los ligüeros, ordenó á Matteuzzi que volviera á su puesto. La República de Venecia, decía el Papa al embajador Badoer, encargado de excusar á sus compatriotas, «tiene una ocasión excelente para inducir al Navarro á reconciliarse con el Papa; después, el Papa le colmará de favores y todos le abrazaremos (1).» El pontífice, á pesar de las protestas de los ligüeros y de los cardenales, se atrevió á recibir al duque de Luxembourg-Piney, delegado por los magnates y príncipes católicos para justificar el reconocimiento de Enrique IV. Aquel papa, violento y político á la vez, enemigo tan

(1) Sixto V, impresionado por las reclamaciones de la facción española, quejóse, algunos días después, de que Venecia hubiese ido demasiado aprisa; pero no le guardó rencor mucho tiempo. Raulich, *La contesa*, etc.



ENRIQUE IV DE FRANCIA

Retrato pintado por F. Portbus (1570-1622) que se conserva en el Louvre